



II Sección: Cardenal, Baró, Ellacuría y Zubiri: pensamiento y filosofía

El pensamiento de Ernesto Cardenal y Martín Baró: revolución social y compromiso político de dos teólogos de la liberación

Jorge Barrientos Valverde
Universidad de Costa Rica, Costa Rica
jorgebarrient@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-5195-9858>

Recibido: 21 de abril de 2021

Aceptado: 14 de junio de 2021

Resumen: En el contexto convulso de la Guerra Fría existía a lo interno de la Iglesia Católica, al menos desde los años sesenta, serios fraccionamientos entre sectores religiosos. Entre agrupaciones conservadoras y movimientos más progresistas se dieron serias tensiones políticas. Dentro de este último movimiento se desarrolló un movimiento denominado la Teología de la Liberación, en respuesta a los sectores más elitistas, racistas y clasistas del catolicismo hegemónico. Ernesto Cardenal y Martín Baró fueron seguidores y representantes de este movimiento. El presente artículo desarrolla un estudio de algunas de las ideas principales de estos dos activistas sociales y representantes de la Iglesia Católica, para comprender mejor el mundo de sus subjetividades, sus análisis de la sociedad centroamericana y las propuestas que planteaban para resolver los problemas más serios que enfrentábamos durante la década de los ochenta a partir de la aplicación de un análisis comparativo.

Palabras clave: teología de la liberación; Guerra Fría; pensamiento político; revolución social; marxismo.

The thought of Ernesto Cardenal and Martín Baró: social revolution and political commitment of two liberation theologians

Abstract: In the turbulent context of the Cold War, there existed within the Catholic Church, at least since the 1960s, serious divisions between religious sectors. Between conservative groups and more progressive movements there were serious political tensions. Within this last movement a movement called Liberation Theology developed, in response to the most elitist, racist and class sectors of hegemonic Catholicism. Ernesto Cardenal and Martín Baró were followers and representatives of this movement. This article develops a modest study of some of the main ideas of these two social activists and representatives of the Catholic Church, to better understand the world of their subjectivities, their analyzes of Central American society and the proposals they raised to solve the most common problems. serious issues that we faced during the eighties from the application of a comparative analysis.

Keywords: liberation theology; cold war; political thought; social revolution; marxism.



Introducción

El escritor guatemalteco, Edelberto Torres Rivas escribía hacia el año 2004 un pequeño ensayo, “Guatemala 2000: un edificio de cinco pisos”, en el cual mostraba la oscura y decadente realidad de aquel país en pleno siglo XXI. Muy semejante al resto de la región, esta no distaba en absoluto de la mayor parte de la situación centroamericana hastiada de corrupción, militarismo, exclusión, desigualdad, autoritarismo y pobreza. Para Torres Rivas, las sociedades latinoamericanas en general, más allá de tres clases sociales, tienen además dos sectores subterráneos de grupos socioeconómicos que habitan los oscuros, feos y malolientes sótanos del edificio. Conforme asciende en el edificio, las condiciones de vida van mejorando un poco hasta llegar al Penthouse, habitado por los sectores más acaudalados de la sociedad, con espacios totalmente amueblados y repletos de lujos (Torres, 2004).

Aquella descripción del autor representaba la Centroamérica del siglo XXI, igual o más caótica que la región durante los años ochenta en medio de la violenta Guerra Civil que solo acabó gracias a los Acuerdos de Paz de Esquipulas II encabezados por Oscar Arias y la burguesía centroamericana. Estos acuerdos prometían democracia, libertades políticas, paz social y desarrollo económico, al mismo tiempo que obligaba a las guerrillas a entregar sus armas y a los ejércitos oficiales retirarse de las zonas de guerra, mientras las elecciones volverían a partir de 1990 sin restricciones políticas. La mayor parte de aquellas promesas fueron incumplidas, y la región continúa sufriendo los mismos vicios y problemas sociales que le dieron origen a la insurrección armada durante los años setenta: corrupción, desigualdad, exclusión, injusticia, pobreza, machismo, racismo, clasismo, autoritarismo e indiferencia de las clases gobernantes contra las mayorías trabajadoras empobrecidas (Díaz, 2017).

Dicha insurrección armada, dirigida en general por movimientos guerrilleros inspirados en el marxismo, en los revolucionarios cubanos de Fidel Castro y en un



reformismo nacionalista y anti imperialista, buscaba como mínimo construir una democracia política y electoral con libertades, una economía más justa y solidaria con distribución de riquezas y reforma agraria, el cumplimiento de derechos sociales y una reivindicación de la soberanía e independencia sin injerencia de los Estados Unidos. Los grupos insurrectos eran heterogéneos social y políticamente hablando. Existían a lo interno de estos estudiantes, sindicalistas, intelectuales, pequeño burgueses, religiosos, campesinos, obreros, de ideologías socialdemócratas, socialcristianos, marxistas libertarios y comunistas, etc. El papel que cumplieron los religiosos es el objeto de estudio principal de la presente investigación.

A lo interno de la Iglesia Católica existía, al menos desde 1962 con el Concilio Vaticano II, serios fraccionamientos entre sectores religiosos, unos más conservadores y reaccionarios, conformes con el sistema, y otro sector más contestatario, de izquierdas e inconforme con las estructuras políticas socioeconómicas de la región. Dentro de este último movimiento se desarrolló una corriente teórica política denominada la Teología de la Liberación, en respuesta a los sectores más elitistas, racistas y clasistas del catolicismo hegemónico y oficial de la época. Ernesto Cardenal y Martín Baró fueron seguidores y representantes de este movimiento, el cual cooperó abiertamente con las luchas sociales y guerrilleras de la guerra civil regional.

Cada uno de estos pensadores, de acuerdo a las particularidades de su país, desarrolló reflexiones y análisis sobre el conflicto social y armado que se vivía, convencidos también, cada uno de estos teólogos a su manera, de la necesidad de generar grandes transformaciones sociales revolucionarias que lograran de una vez por todas eliminar las profundas desigualdades e injusticias del modelo de desarrollo centroamericano. Su apuesta fue por la Educación Popular, por la movilización de las masas contra el opresor, por concientizar al oprimido para luchar contra su amo (Freire, 2008). por esa lucha constante de comprender el mundo adquiriendo conciencia de clase a través de la experiencia, la educación y



la cultura, buscando de alguna manera construir una economía moral. (Thompson, 1971).

Es por lo anterior que este trabajo se propone desarrollar una historia política de los autores mencionados, asociándolo con una historia cultural, pues parte de la apuesta de estos luchadores sociales fue desarrollar una lucha por la transformación del mundo a partir del cambio de las subjetividades de los sectores subalternos, para que lograran comprender mejor la sociedad, se educaran y lucharan contra la injusticia de la que eran parte. Partiendo de la pregunta ¿cuáles son las principales posiciones políticas, ideológicas y teóricas de los autores Ernesto Cardenal y Martín Baró en el contexto de la guerra civil en Centroamérica?

nos interesa dar respuesta a cuestionamientos tales como ¿cuáles son las principales posiciones políticas, ideológicas y teóricas de Ernesto Cardenal en el contexto de la guerra civil en Centroamérica y la situación de Nicaragua?, ¿cuáles son los principales postulados políticos, ideológicos y teóricos de Martín Baró en el contexto de la guerra civil en Centroamérica y la situación de El Salvador?, ¿cuáles son las principales similitudes y diferencias en el pensamiento político, ideológico y teórico de Ernesto Cardenal y Martín Baró en el contexto de la guerra civil en Centroamérica y sus respectivos países?

Es de esa manera que el presente trabajo pretende analizar las principales posiciones políticas, ideológicas y teóricas de los autores Ernesto Cardenal y Martín Baró en el contexto de la guerra civil en Centroamérica, y a partir de esto lograr entonces exponer las principales posiciones políticas, ideológicas y teóricas de Ernesto Cardenal y de Martín Baró para de esa forma lograr identificar las principales similitudes y diferencias en el pensamiento político, ideológico y teórico de estos autores.



El pensamiento de Ernesto Cardenal

Este apartado se centrará en el estudio del libro “La revolución perdida”, el cual recoge algunas de las impresiones políticas, memorias históricas y reflexiones ideológicas más relevantes del autor Ernesto Cardenal, cerca de 25 años después de gestada la revolución sandinista en 1979, acompañado por algunas otras reseñas de la obra de este pensador. Nacido en Granada, Nicaragua en 1925, fue un brillante intelectual, sacerdote, marxista, ensayista, poeta, místico, teólogo, escultor y narrador (Morúa, 2005, p. 48). Revolucionario, comprometido con la lucha política y la transformación progresiva de los pueblos, se dedicó de la Historia de América Latina y el mundo. Sus posturas izquierdistas le valieron ser excomulgado junto a otros teólogos de la Liberación por parte del conservadurismo moralista de la Iglesia Católica y luego su honestidad política le hizo verse obligado a renunciar al Frente Sandinista. Para él, este movimiento no era el mismo de aquel cuando se luchaba en los años setenta. (Morúa, 2005, p. 49). Lo anterior muestra ser congruente y consistente con sus ideas.

Hoy en pleno siglo XXI, la mayor parte de las izquierdas han renunciado a desarrollar grandes transformaciones estructurales anti capitalistas para sustituirlas por una nueva sociedad y economía socialista. Hoy, la izquierda es anti neoliberal, no anti capitalista (Harvey, 2007). Por el contrario, el proyecto de muchos marxistas de los setenta era construir una alternativa radical al decadente capitalismo centroamericano comandado por las dictaduras pro imperialistas. Con la llegada del triunfo, en 1979, de los sandinistas, se percataron de lo heterogéneo de sus filas y la presión interna y externa por llevar a cabo un proyecto relativamente radical, no anti capitalista, sino más bien de corte socialdemócrata y reformista. El imperialismo estadounidense, su autoritarismo, violencia e intolerancia, ni eso permitieron a las naciones latinoamericanas. Para ese contexto cualquier idea de reforma social y justicia económica era comunismo, revolución y



pro soviético. Con estos antecedentes, entonces ¿Cardenal era reformista social demócrata o revolucionario marxista?

Cardenal tenía claro que el aparato religioso era históricamente opresivo y complaciente con el poder. De lo que se trataba entonces era de ponerlo al servicio de la transformación social, de la emancipación política, no de la domesticación de los imaginarios colectivos, de la opresión política y del control burgués de las subjetividades a través del miedo ideológico, el pánico moral y la represión mental. Creía que el evangelio, la institución religiosa, la figura de Cristo y sus enseñanzas eran el mejor vehículo para transmitir valores e ideas revolucionarias y radicales para lograr el despertar de los oprimidos. No solo era aplicar los principios de la Educación Popular de Paulo Freire, sino también reeducar a los sectores subalternos con educación política pero también con enseñanza religiosa aprovechando la figura de los sacerdotes (Mc Laren, 2008):

[...]influenciado por la lucha anti somocista, Cardenal, se apoyaba como base social en la actividad de la burguesía y pequeña burguesía opositoras al régimen dinástico. No obstante, su pensamiento fue recibiendo el influjo de la lucha patriótica y anti imperialista de Sandino y su ejército popular (Cardenal, 2003, p. 115).

-Cardenal en los años setenta se posiciona bajo una lectura bastante radical de la sociedad latinoamericana, desde donde plantea que no hay otra opción para la emancipación de los pueblos pobres que la revolución armada y violenta, y esto, no porque así se desee, sino porque la burguesía y la oligarquía regional así obliga a los oprimidos de acuerdo a las condiciones objetivas establecidas de la dictadura, la represión militar, el autoritarismo y la violencia total contra los movimientos sociales de izquierda. En ese sentido Cardenal es favorable a la revolución social para acabar con la dictadura. Además planteó la necesidad de llevar a cabo políticas revolucionarias de reconstrucción de la economía con una total redistribución de la riqueza y la tierra y sin explotación de unos contra otros. Confía en la construcción del paraíso cristiano sin explotados y sin privilegiados.



De manera tal que no es favorable a la propiedad privada. Su lectura es clásica de un marxismo revolucionario que reivindica la salida socialista para acabar con la opresión de clase, imponiendo un sistema democrático socialista, inspirado en Marx pero también en la palabra de Cristo y los evangelios, reivindicando algo del llamado “cristianismo primitivo” en favor de los trabajadores, los pobres y los oprimidos (Cardenal, 2003, p. 118).

Estaba convencido de que la felicidad y el amor terrenal en las personas solo puede lograrse con justicia social y dignidad humana. Cardenal insta entre sus ideas los elementos de la concepción marxista del comunismo:

[...]de cada quien según capacidad, a cada quien según sus necesidades. Y pone manifiesto la racionalidad de la producción: un sistema que resuelva las necesidades de la vida y las necesidades determine la producción, característica esencial de la economía socialista planificada (Cardenal, 2003, p. 117).

Para Cardenal la revolución no solo se logra con las armas, para ello las mayorías oprimidas deben desear la revolución y querer tomar el poder, además que la élite política que sostiene el régimen ya no pueda soportar más sostener tanta presión. Para lograr el apoyo de las masas es necesario el desarrollo cultural y educativo con campañas de alfabetización y formación política sólida y concreta en comprender mejor el mundo desde la teoría del conflicto social. En ese sentido, Cardenal tuvo claro que la poesía era fundamental para concientizar a las personas, para difundir mensajes de crítica social, protesta política y reflexión social. Era su arma y su herramienta de difusión de ideas dentro del proceso educativo formal e informal. Es así que Cardenal confiaba en el papel del arte para difundir el pensamiento subversivo.

Después de viajar a Cuba en 1970 y a Chile en 1971 quedó cada vez más comprometido y convencido de la necesidad de construir el socialismo. En 1976 viajó a Roma para denunciar las dictaduras militares latinoamericanas y la brutalidad del régimen somocista sostenido por Estados Unidos, en el llamado



Tribunal Russell II. En 1977 se une a militar y combatir en el FSLN, y a partir de 1979 con el triunfo de la revolución asumió la dirección del ministerio de Cultura hasta 1987, cargo que le generó conflicto con el ala conservador institucional de la Iglesia Católica (Martínez, 2002, p. 262). En su visita a Nicaragua, Juan Pablo II le regañó en público en un bochornoso acto, marzo de 1983:

[...] no permitió él que se lo besara, y blandiendo el dedo como si fuera un bastón me dijo en tono de reproche: “Usted debe regularizar su situación”. Como no contesté nada, volvió a repetir la brusca admonición. Mientras enfocaban todas las cámaras del mundo (Cardenal, 2005).

Y luego explicaba que:

Y la verdad es que lo que más le disgustaba al Papa de la revolución de Nicaragua es que fuera una revolución que no perseguía a la Iglesia. Él hubiera querido un régimen como el de Polonia, que era anticatólico en un país mayoritariamente católico, y por lo tanto impopular. Lo que menos quería era una revolución apoyada masivamente por los cristianos como la nuestra, en un país cristiano, y por lo tanto una revolución muy popular. ¡Y lo peor de todo para él que fuera una revolución con sacerdotes!. (Cardenal, 2005).

Cardenal estaba plenamente comprometido con la revolución y el socialismo, sobre todo posterior a su viaje a Cuba, en el que confesó su simpatía por el sistema alternativo al capitalismo decadente. Para este, Cuba era el ejemplo de las convergencias entre cristianismo y marxismo, el amor por el ser humano y la revolución: el evangelio es esencialmente político o no es nada. Lo que sí, es que su política no es reaccionaria sino revolucionaria (Cardenal citado por Martínez, 2002, p. 266). Para 1972 Cardenal estaba totalmente influenciado por Ernesto Guevara, Camilo Torres y la Teología de la Liberación. En 1979 estaba involucrado de lleno en la guerra de guerrillas. Elementos ambos, que muestran el compromiso político y su ideario ideológico: teoría y praxis. Es por esto que



Cardenal visualizó en la poesía un instrumento directo de difusión de ideas políticas, de protesta, de lucha y de reivindicación de derechos sociales, de manera tal que escribía en ellos mensajes políticos para que amplios sectores de la sociedad lo leyeran y comprendieran mejor la realidad social que vivían y sus grandes contradicciones. Es allí donde tiene muy claro su papel de intelectual revolucionario: denunciar las contradicciones sociales y económicas, transformar el mundo de las subjetividades y con ello el mundo de las cosas, además de darle validez y viabilidad al proyecto revolucionario de transformación.

Su dinamismo se deriva de la representación del mundo real, del absurdo y la injusticia que le sirven de fundamento, pero igualmente del amor esencial a la vida y al hombre que constituyen su lazo trascendente. Además, la misma destrucción de los modos convencionales de configuración de la obra y del discurso literario puede interpretarse ideológicamente como escritura equivalente a una posición crítica frente al estado político-social, y como discurso rebelde y subversivo (Martínez, 2002, p. 269).

A través de sus escritos Cardenal tocó temas centrales que muestran sus posiciones políticas de denuncia y confrontación al sistema burgués establecido y sus agentes y agencias de dominación como diría Goran Therborn (1989) o aparatos ideológicos y represivos del Estado, en palabras de Louis Althusser (1987). Entre estas se ubicaba el papel ideológico y cultural de la familia, la escuela, la iglesia, los medios de comunicación, los partidos políticos, los sindicatos y el discurso del Estado, además del papel de los ejércitos, la policía, las leyes, los tribunales, las cárceles, el imperialismo y las transnacionales y consecuencias como el racismo y el autoritarismo. La decisión clave de cada quien sería tomar posición sobre por qué, para qué y para quién va a trabajar. Sus escritos muestran:

los siguientes motivos: la intolerable situación de pobreza, la honda división de clases, el enriquecimiento acelerado de las clases dominantes, la invasión yanqui, la neocolonización del país, las



injusticias y crímenes del dictador, la enajenación en que el sistema capitalista sumerge al hombre moderno, la sociedad de consumo que hace del hombre un sujeto de compra, la penetración cultural destructora de muchos de los valores del hombre americano (Martínez, 2002, p. 269).

Mucha parte de sus poemas antes de 1979 buscaban hacer un llamado a la insurrección armada, legitimando la necesidad de llevar a cabo un proceso revolucionario que culminara con la caída de la dictadura somocista. De esa forma el autor era soñador, utópico, idealista, confiaba en una nueva sociedad y en una nueva era, en la verdadera historia de la humanidad bajo el socialismo y sin explotación de seres humanos contra seres humanos, lugar donde exista plena libertad de decidir de las personas, sin humillaciones, sin servilismo ni dominación. Para lograr todo esto era central una democracia con un sistema económico alternativo y la expulsión de la influencia directa del imperialismo. (Martínez, 2002, p. 277). Es solamente de esa forma que se puede construir una sociedad verdaderamente cristiana, solidaria, justa, humana y humanista, que verdaderamente ponga en práctica la palabra y enseñanza de un Jesucristo revolucionario y al servicio de los oprimidos.

Es de esa manera que Cardenal fue tomando posición política cada vez más radical a nivel teórico. A lo largo de su autobiografía “La Revolución Perdida” puede verse en sus postulados la necesidad de llevar a cabo procesos revolucionarios armados como única forma de acabar con las dictaduras latinoamericanas. Era una violencia inevitable, no por afición o apología a la agresión armada, sino porque la burguesía obligaba a tener que hacerlo de esa manera, debido a su autoritarismo político profundamente represivo. Cardenal tenía plena conciencia de lo opresivo y violento que es el modelo capitalista burgués desde su lectura marxista y cristiana que busca verdadera justicia social y un sistema más solidario y hospitalario. Señala que: mucho antes de que existiera el Frente Sandinista puedo decir que desde la adolescencia yo era sandinista (Cardenal, 2003). Luego aclara que



[...]la mayoría éramos católicos, y en aquel tiempo eso significaba que no podíamos ser comunistas. Pero éramos revolucionarios y teníamos un lema que era: más a la izquierda que el comunismo. Éramos nacionalistas a ejemplo de Sandino, o sea anti imperialistas, propugnábamos la repartición de la propiedad, el apoyo al campesino mediante cooperativas, la defensa de las clases populares, la democracia. (Cardenal, 2003, p. 10).

La anterior cita demuestra parte de la posición ideológica de Cardenal de manera concreta: cristiano, socialista, anti imperialista, sandinista, y con una profunda preocupación por los pobres. Después de 1959 inició su admiración por la guerra de guerrillas y por las personalidades de Fidel Castro y Ernesto Guevara. Tenía certeza de que solamente a través de la guerra de guerrillas Latinoamérica podía deshacerse de las dictaduras militares de extrema derecha. A lo largo de sus memorias lo deja claro. Su ideología marxista, socialista, democrática, guerrillera, cristiana, anti imperialista y sobre todo su honestidad política y claridad al hacerse a un lado del FSLN luego de 1990, para luego pasar a ser un claro opositor del orteguismo, llamada así a la tendencia política oportunista y corrupta de Daniel Ortega.

Desde 1979 y hasta 1987 Cardenal se mantuvo trabajando como ministro de cultura con el proyecto de educar y formar políticamente a los ciudadanos nicaragüenses. Objetivo muy importante para sostener el proceso revolucionario en medio de una criminal guerra de contrarrevolución que Estados Unidos empezó a partir de 1983 con una total ferocidad. En su proyecto de re educación fortaleció las ideas del latinoamericanismo, el socialismo democrático y enseñanzas de la Teología de la Liberación a través de difundirla con las ideas de la educación popular a los sectores subalternos más oprimidos: jóvenes, campesinos, mujeres, indígenas, afrodescendientes.

Parte de su plan, muy influenciado por el pensamiento de Paulo Freire y Frei Betto fue difundir la idea de la relevancia de la educación como herramienta para el progreso, el desarrollo de las naciones, con un compromiso intelectual con



los grupos excluidos. Allí ejerció como un intelectual revolucionario, un sacerdote comprometido con la praxis, un teórico de la política y un guerrillero más al servicio de la sociedad nicaragüense. Cardenal como pensador fue un teólogo de la Liberación que creía fielmente en la necesidad de la construcción del paraíso de los pobres aquí en la tierra y no en la esperanza de una eternidad de armonía y paz en el cielo. Construir el verdadero socialismo a partir de una sociedad más solidaria, más justa, que respete Derechos Humanos, con repartición de riquezas y propiedad colectiva, es decir, siguiendo los ideales justos de los llamados socialistas utópicos religiosos o no religiosos. Solo así creía que se puede lograr el verdadero progreso de la sociedad, sin conflicto social y con verdadera paz humana. (Cardenal, 2003, p. 326).

El pensamiento de Martín Baró

Martín Baró fue un gran psicólogo social español, nacido en Valladolid en 1942. Estudioso de la teología y las Ciencias Sociales logró desarrollar aportes muy relevantes a la psicología desde enfoques marxistas planteó la necesidad de construir una psicología más politizada, no neutra, sino combativa y comprometida con las grandes transformaciones que la sociedad requería para lograr un mundo más justo, solidario y humano. Su compromiso con los pueblos del tercer mundo fue total, trabajando de cerca con los movimientos revolucionarios guerrilleros, teniendo en cuenta que su lucha era legítima para poder derrocar la dictadura que gobernaba detrás de la máscara de supuestas elecciones libres. Por ese compromiso con el pueblo pobre y oprimido es que fue finalmente asesinado en 1989 junto a otros sacerdotes jesuitas de izquierda y anti gobierno. Levantar la voz a favor de los más excluidos le costó la vida a este grupo de teólogos cristianos y pensadores socialistas.



Uno de los puntos centrales que tenían estos autores muy claro era la relación estrecha que debía existir entre el desarrollo de la teoría social, la praxis política y la manera más directa de incidir en la sociedad para buscar cambiar las estructuras de dominación, las agencias y agentes de control social y política de las que se vale el poder de las élites. Es por esto que se irá examinando algunos puntos centrales de sus propuestas sobre una psicología social de la praxis, que conlleva a cambios en la sociedad, organizando a los sectores más excluidos y marginados, enseñándoles a interpretar críticamente el mundo y a defenderse de los abusos de poder, mezclando entre sus ideas el pensamiento de Karl Marx, Walter Benjamin, Whilhelm Reich, Herbert Marcuse y Ernesto Guevara hasta llegar a Paulo Freire y Fernando Ellacuría, compañero personal de lucha.

El pensamiento de Martín Baró pasó por buscar comprender la realidad latinoamericana desde una perspectiva marxista del conflicto social de clases. Creía plenamente que las sociedades capitalistas deshumanizaban al ser humano, lo explotan, lo humillan y lo excluyen de la cultura, la educación y los bienes materiales. Esto es lo que para Baró genera altos niveles de conflicto y violencia social. La sociedad capitalista de clases es violenta, y como tal genera respuestas violentas de ciertos sectores sociales que, unos dominan la riqueza material y la cultura, y otros al quedar excluidos de esta deciden responder violentamente. El sistema capitalista es desigual, injusto y excluyente. Deshumaniza a las personas, de cualquier clase social, y para explicar y comprender mejor esto, es necesario verlo desde la teoría de una psicología comprometida, politizada, que busque la transformación social y mejore las relaciones de poder y dominación entre las personas, de lo contrario la psicología y en general la ciencia social no sirven para nada más que perpetuar la dominación de unos pocos contra las mayorías:

Porque lo que está en cuestión precisamente es si todo este cúmulo de material psicológico está sirviendo para esclarecer la realidad o más bien para oscurecerla, si está sirviendo para hacer avanzar la historia, o más bien la está bloqueando o entorpeciendo. Si así fuera, más que una ciencia, la psicología sería otro instrumento



técnico, muy refinado por cierto, mediante el cual la clase dominante mantiene y consolida su situación de poder social. (Baró citado por Pacheco, 2002, p. 6).

Baró indicaba constantemente, siguiendo a Fals Borda y a Freire, la relevancia fundamental de la educación popular, el potencial que tenía al buscar ir a alfabetizar y concientizar a los sectores más excluidos de la sociedad a través de un trabajo de campo efectivo, comprometido y bien concreto respecto a los temas que debían enseñarse. Justo allí se encuentra una de sus propuestas más relevantes, la del poder popular: empoderar al campesino, al obrero, a la mujer, al indígena, a los jóvenes, para que comprendan el conflicto de la sociedad y busquen transformar las realidades y circunstancias deshumanizantes de nuestro mundo. La psicología en ese punto juega un papel fundamental y tiene mucho que aportar más allá de la psicología social que él criticaba: a - política, sin compromiso social, dogmática, conservadora y al servicio de perpetuar el orden establecido y no denunciar sus grandes contradicciones:

[...]hemos hablado de la necesidad de realizar una psicología de la liberación, que inspirándose en una de las corrientes más originales de la praxis popular latinoamericana contemporánea, contribuya al cambio histórico que hoy tratan de recorrer los pueblos de nuestro continente. (Baró citado por Pacheco, 2002, p. 6).

Baró de esa manera denunciaba la psicología que se limita solamente a encubrir las injusticias del sistema establecido bajo la careta de ser ciencia imparcial, neutra, objetiva. Para Baró eso era ser solamente cómplice, complaciente y parte de la reproducción del statu quo explotador, humillante y deshumanizante con los más desprotegidos. (Pacheco, 2002, p. 9). Una ciencia social que actúa de tal manera no contribuye en absoluto a construir una sociedad más solidaria y benevolente.

Se ha señalado constantemente del carácter centroamericanista de Baró, respecto de su idea de cimentar una psicología desde y para Centroamérica. Esto



significa entonces, y se debe traducir en el plano concreto de la realidad material y cultural en buscar comprender y explicar el problema de la violencia, la exclusión, y la pobreza que afecta gran parte de la población del tercer mundo. Es así que su propuesta de ciencia social, de psicología social y política es por buscar construir una nueva sociedad del tercer mundo, que resuelve los problemas más serios de los excluidos. (Pacheco, 2002, p. 10). Para esto, utiliza todo su conocimiento de la psicología europea del siglo XX pero busca adaptarla a la realidad centroamericana de un pequeño país pobre y subdesarrollado, gobernado históricamente por la oligarquía terrateniente y los militares más criminales, misóginos y racistas de la región. Tomaba en cuenta entonces el problema central de la dominación no solo de clase, sino de género y de etnia, tal y como ha señalado otra discípula de Herbert Marcuse, Angela Davis (Davis, 2005).

Pacheco explica que otro de los grandes aportes de Baró era el de introducir en la psicología social la relevancia de la praxis socio histórica, es decir la relevancia de las acciones humanas en las coyunturas y circunstancias dadas. Influenciado por el marxismo, comparte plenamente que el sujeto social debe pasar de la teoría a la praxis, de la mera contemplación del mundo a transformar este. Si Marx decía que los filósofos no han hecho más que contemplar el mundo, cuando de lo que se trata es de transformarlo, para Baró los psicólogos y los intelectuales comprometidos en general deben buscar la acción directa para cambiar el orden de las cosas denunciando la injusticia y actuando contra los opresores (Pacheco, 2002, p. 10).

En última instancia, otro de los elementos claves para comprender la propuesta de Baró es su lucha contra la psicología positivista que desde su posición de confort, eurocéntrica, burguesa y complaciente con el poder se propone un excesivo cientifismo inmovilizador, sin compromiso político y sin un enfoque crítico de análisis. Como resultado lo que genera es una actividad académica que no posee un verdadero proyecto de sociedad a futuro, ni tampoco comparte las preocupaciones básicas que cualquier nivel de empatía humana



debe generar para poder comprender al otro, ponerse en su lugar y ayudarlo a liberarse de las cadenas del sistema. El contexto latinoamericano es lo suficientemente conflictivo y problemático como para no incidir ni comprometerse a fondo con él. La apuesta de la praxis política que plantea Baró es a través del trabajo de campo en las zonas de educación popular, organizando centros de estudios comunitarios para intercambiar y difundir información y conocimiento. Esa es la alternativa a la educación hegemónica y domesticadora, la educación bancaria conservadora en palabras de Freire (Freire, 2008). Baró deja claro que para cualquier intelectual comprometido con las luchas sociales es vital tomar una decisión ética clara, concreta y contundente respecto a qué tipo de ciencia social se va a desarrollar, para quién y para qué. Esta era la misma posición de Freire respecto de la pedagogía crítica marxista que proponía en sus libros, y así también la Teología de la Liberación propuso que cada sacerdote asumiera una posición respecto de la lucha de clases, el conflicto social y la dominación política.

Para poder lograr comprender mejor el mundo capitalista burgués, Baró se propone entender mejor el mundo de las subjetividades: el problema de la ideología dominante y sus resultados enajenantes que genera en las personas. La clave es analizar el complejo sistema social en que se vive, con sus estructuras e instituciones enajenantes. Hay que estudiar a fondo quiénes son los grupos de dominación, en qué espacios desarrollan su trabajo alienante, profundizar en los aspectos claves de su ideología y con ello poder desenmascarar las estructuras del poder burgués. Esos son los pasos para construir una verdadera psicología de la liberación. Emancipar a las masas oprimidas del sistema pasa por comprender las estructuras básicas del control social y la dominación cultural (Baró. 1989).

Dos conceptos claves en Baró son: a. el conformismo político y b. el fatalismo ideológico. Ambos construyen y son parte de una fuerte y compleja estructura que desarrolla una cultura de sumisión. La gran pregunta es entonces cómo construir una cultura de rebelión, donde los grupos históricamente dominados sientan más la dominación de la que son víctimas y se rebelen contra la opresión: que superen



el sometimiento del que son parte. (Baró, 1989, pp. 116-121). Para poder comprender mejor esa cultura de sumisión y obediencia que abunda y habita en el espíritu del latinoamericano pobre, el autor recibe una fuerte influencia del pensamiento de la Escuela de Frankfurt y expone los postulados teóricos de Eric Fromm, Theodore Adorno y Herbert Marcuse. Para Baró el problema central no solo está en la comprensión del sistema de dominación de entretenimiento, dispersión y distracción que la cultura burguesa de consumo somete al individuo social. el problema también es fortalecido por una cultura de miedo al que gobierna, al que dirige y toma decisiones. No solo se está distraído del funcionamiento del mundo, sino que se está amedrentado de quienes lo dirigen. Es lo que se puede titular como el arte de la política del sometimiento. Esto es aún peor en las sociedades de dictadura militar latinoamericana, más allá del sistema europeo de democracia burguesa. Se llega así a la conclusión de que este sistema de dominación exige ser obediente porque ni siquiera se logra pensar la rebelión como posibilidad, y además hay que ser obediente y sumiso porque es lo que más conviene para evitar la represión del que gobierna. Si a estos dos aspectos le sumamos la educación formal que nos enseña a obedecer el orden establecido y su entramado de leyes hechas por y para la burguesía, el resultado es un control y dominación del pueblo pobre.

Entonces se llega al punto de que además de que el sometimiento y la dominación de la que se es parte ni siquiera se piensa y analiza dentro de la serie de problemas con los que vivimos, cuando alguna vez sectores sociales reflexionan estas contradicciones, saben que es peligroso practicar la lucha social, la idea de la rebelión y de protesta contra las injusticias, pues la narrativa predominante lo acusa de anti patriota o de comunista. Por allí camina el rol del nacionalismo estéril, cuestión que analiza Eric Hobsbawm en su libro Tradiciones Inventadas (Hobsbawm, 1992). Baró habla así *del conformismo como un acto rutinario y trivial de la obediencia*. Además de que se es parte del el sector dominado de la sociedad, se acepta la dominación y en algunos casos hasta se



actúa de manera cómplice y se adora el ser parte de esa dominación (Baró, 1989, pp. 155-157).

Para Baró, entonces se encuentra un grupo de creencias, sometimientos y comportamientos que se mezclan entre sí para dar como resultado un poderoso, ágil e ingenioso sistema de dominación. Cita por ejemplo: la creencia en un Dios que decide el destino y futuro de las personas. La resignación frente al propio destino. Aceptar el sufrimiento causado por la dureza del propio destino. Conformismo y sumisión, tendencia a no hacer nada para cambiar, es decir pasividad. Y para finalizar el presentismo: nada de memoria, desinterés por el pasado y nada de planificación por el futuro (Baró, 1989, p. 157). Las anteriores situaciones pueden generar terribles frustraciones e inseguridades sociales que pueden degenerar en rebeldía estéril, es decir comportamientos auto destructivos como la delincuencia, la violencia y las drogas. El autor le llama “la desviación social” (Baró, 1989, p. 169). Es esta una forma más de rebeldía contra el sistema mal encauzada. Dirigida a destruir, no a construir.

Un último elemento fundamental en el pensamiento de este intelectual jesuita pasa por el proceso de construcción del conocimiento y de propuestas para poder modificar de manera dialéctica la situación de opresión que se vive en Centroamérica. Es decir de qué manera se puede cambiar el rumbo de esta situación deshumanizante y alienante en medio de tanto dolor humano. El autor apuesta por la educación popular y las prácticas comunitarias de estudio y análisis de la realidad. Eso significa, organizar a las comunidades para que comprendan mejor el mundo en que viven. Era la estrategia que los Teólogos de la Liberación llamaron “Las Comunidades Eclesiales de Base”. El objetivo de estas organizaciones se basaba en empoderar a los grupos subalternos a través de un proceso de estudio y concientización de la realidad para llamarlos a denunciar la injusticia, defenderse de la violencia de Estado y el terrorismo de los gobiernos y los militares, y militar políticamente en la lucha armada contra el sistema, en la organización de la revolución. Debe entonces dársele poder a los sectores



populares, para que estos tengan la capacidad de decidir por sí mismos, de pensar de manera autónoma, de actuar de forma independiente. Si la Universidad ni la Iglesia se abre completamente ni está al acceso de las clases subalternas, las CEB son la clave para generar re educación, una verdadera educación popular al servicio de los menos favorecidos en las comunidades rurales y urbanas más empobrecidas.

En ese proceso de re educación Baró comprendía que era fundamental hacerle entender a las personas sobre el rol clave del cristianismo, no como un instrumento de amedrentamiento, de sumisión y de control, sino como una herramienta cultural clave para concientizar y emancipar imaginarios colectivos. El Cristo que enseña Baró, es el de la lucha contra la injusticia, el poder, el imperio y contra la pobreza e injusticia. Es aquel que debe garantizar igualdad de oportunidades para todos y todas, dignidad humana y derechos sociales. Esa rebeldía que admira Baró de Cristo, en el contexto del siglo XX latinoamericano lo asocia con la obra de Helbert Marcuse y Ernesto Guevara. Marcuse incluso es de los que más cita y admira Baró (Dobles, 2016, p. 50). De este adquiere su gran compromiso por los jóvenes, por los pobres y marginados (Dobles, 2016, pp. 58-59). De Marcuse señala que efectivamente la revolución depende principalmente de los estudiantes, los jóvenes y los intelectuales. Sin estos es imposible lograr ese paso.

Se trata entonces, trabajando a la par de los empobrecidos, los oprimidos, los explotados, de asumir el desafío de construir una nueva praxis de la psicología, o como decía Carlos Marx, contribuir a la sublime tarea de derribar todas las relaciones sociales en que el hombre es un ser rebajado, humillado, abandonado (Dobles, 2016, p. 98).



Análisis comparativo del pensamiento de ambos autores

Si bien es cierto el contexto socio político de Cardenal y Baró fueron semejantes, podemos tomar en cuenta algunos elementos centrales desde el plano estructural, para comparar su obra de acuerdo a las circunstancias y particularidades que vivieron, uno en la Nicaragua de Somoza, otro en El Salvador de los militares y la falsa democracia de Napoleón Duarte. Como puntos de encuentro entre ambos autores podemos encontrar algunos detalles relevantes de comentar: el primer elemento es el pensamiento crítico. Ambos pertenecen a la tradición del pensamiento crítico que recoge las enseñanzas y moralejas del marxismo, de Emile Durkheim, Max Weber, la escuela de Frankfurt, y por supuesto el pensamiento izquierdista latinoamericano. Su deuda con el pensamiento crítico y el marxismo es uno de los elementos centrales que los ubican como dos de los intelectuales más relevantes de la Teología de la Liberación.

Ambos son considerados por la crítica como dos de los mayores exponentes de esta corriente y escuela de pensamiento. Recogen las enseñanzas de Cristo, el cristianismo primitivo colectivista, las encíclicas Rerun Novarum del papa León XIII, el concilio Vaticano II, las luchas anti racistas de Angela Davis, Martin Luther King y Malcolm X, la conferencia episcopal de Medellín de 1968, el espíritu rebelde del mayo 68, la lucha anti imperialista de José Martí, Sandino y Farabundo Martí, la teología latinoamericana brasileña de Helder Cámara, Leonardo Boff, Frei Betto, la educación popular de Paulo Freire y el análisis teológico del sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez. Además del ejemplo radical de sublevación de Fidel Castro, Ernesto Guevara y Camilo Torres, de quienes tomaron el espíritu de apoyo a la guerrilla como único método viable para defenderse de los militares, buscar acabar con las dictaduras, construir una democracia socialista y expulsar la dominación cínica de los Estados Unidos. Cardenal sí tomó las armas y combatió, mientras Baró desarrolló su trinchera en el campo de las ideas, esa fue su batalla,



pero siempre en apoyo de la legítima lucha armada de la guerrilla contra un ejército criminal. Sin duda los años sesenta fueron muy efervescentes y fueron la raíz central coyuntural para el nacimiento y crecimiento de la Teología de la Liberación y el inicio de la acción política de estos sacerdotes comprometidos con la transformación social.

Cada uno de estos escritores y pensadores, de acuerdo a su estilo y formación creyó fielmente en un ejercicio académico e intelectual comprometido con la praxis revolucionaria, siguiendo las enseñanzas de Antonio Gramsci y Ernst Bloch. Ambos creyeron fielmente en el potencial revolucionario del cristianismo en el contexto de una Latinoamérica muy religiosa y donde la figura de Cristo realmente sí podía movilizar y concientizar a las personas para convencerlas de la necesidad de cambios estructurales contra la clase dominante establecida. Para estos, cristianos convencidos, las enseñanzas cristianas eran un vehículo clave para empoderar y politizar a las masas empobrecidas contra el amo, contra el opresor, contra el imperio.

Además del vehículo para llevar el mensaje de la rebelión que cumplía el cristianismo como una religión de no sometimiento, ambos pensadores creyeron en el potencial de sus carreras de sacerdotes y teólogos. Su figura de sacerdote convencía y movilizaba mucho más que la figura de un docente, de un intelectual universitario, de un político o de un guerrillero. Es decir, su representación y figura era mucho más legítima ante los ojos de los pobres. Estos les tenían más confianza y credibilidad. Ahora bien, además de teólogos y sacerdotes, de discutir el evangelio de los pobres, politizarlo y buscar concientizar a las masas, cada uno de estos dos autores apostó por su carrera profesional. Es decir, Cardenal opta por difundir sus ideas y transmitir las a través de la poesía, con un mensaje directo, concreto, sencillo, empático y atractivo, además de sugestivo, para poder llegar a más personas y que estas lo lean y lo analicen. Es así que visualiza de manera comprometida la expresión artística como herramienta de lucha política y social.



Para este el arte debe denunciar, debe ser político, debe demandar derechos y reivindicar al sujeto subalterno, hacerlo un sujeto político y llamarlo a movilizarse.

Por su parte Baró apostaba por un papel más académico desde su posición de importante profesor universitario, y su gran cualidad de teórico de la psicología, proponiendo una psicología social y política de la liberación, de praxis, de acción directa. Esto a partir de construir y organizar actividades comunitarias de discusión y reflexión. Solo a partir de una relación directa entre análisis teórico y praxis política se podían lograr vincular los grandes cambios que necesitaban los países centroamericanos.

Ambos teóricos, desde su política izquierdista, fueron nacionalistas reformistas, anti imperialistas, anti capitalistas, rechazaban la mala distribución de la riqueza y la propiedad. Además desarrollaron análisis que enfatizaban y llamaban al análisis latinoamericano y latinoamericanista desde la teoría de la dependencia y el marxismo culturalista. Por ello es que algunos autores como Enrique Dussel, uno de los pensadores latinoamericanos que mejor maneja la teoría crítica y el marxismo los considera pioneros de la filosofía de la liberación y el pensamiento poscolonial. (Dussel, 1995).

Cardenal por su parte logró triunfar con la revolución sandinista de 1979, a pesar del criminal bloqueo y luego invasión que el imperialismo estadounidense aplicó al país nicaragüense. Se mantuvo como ministro de cultura hasta 1987 intentando desarrollar un proyecto de alfabetización popular a través de procesos de educación hacia todas las zonas del país y tuvo importantes logros para un país que era mayoritariamente analfabeto. Cardenal tuvo un desarrollo de praxis revolucionaria y como escritor se dedicó más a la parte poética mientras Baró es un teórico por excelencia, un académico que mantuvo estrecha relación con las comunidades que sufrían las ofensivas del ejército salvadoreño, para buscar organizarlos y defenderlos. Ambos eran analistas políticos y sociales que no apoyaban la violencia ni las armas, pero a lo largo de sus escritos, visualizan la salida armada a través de la organización guerrillera como la única, inevitable y



obligada, pues los gobernantes y sus ejércitos no dejaban otra opción. No era una apología estéril por las armas y la violencia, era la única opción para derrocar regímenes tiranos.

Edelberto Torres Rivas señala en uno de sus libros que el gran problema de la revolución durante el siglo XX, es que logró triunfar en la mayoría de los casos en países que sufrían largas dictaduras, no en países con democracia burguesa establecida. Para los sujetos sociales oprimidos, el hecho que existan elecciones genera confianza y legitimidad en el sistema, aunque gobiernen los mismos sectores de élite, herederos y cómplices de los poderosos en tiempos de dictadura. Por ello, en democracia electoral el apoyo ciudadano a las guerrillas y grupos sublevados era menor. En ese sentido la suerte de Nicaragua y El Salvador fueron bastante distintas. Aunque ambas finalmente tuvieron que irse a elecciones a partir de 1990, para que la derecha oligarca tomara el poder, esta vez más legitimados, con la bendición del imperialismo de George Bush y las burguesías centroamericanas. El contexto de 1991 no podía ser peor para los grupos progresistas ante la caída de la Unión Soviética. Ante ese panorama, se debe aclarar que el marxismo de Cardenal y Baró, a diferencia de los partidos comunistas oficiales, también fue crítico del papel de la URSS durante la Guerra Fría. Por momentos, por tibios y moderados, en otros momentos por ser autoritarios y funcionar también como imperialismo. El socialismo que ambos autores propugnaban era de corte democrático, con libertades, con paz social, no el socialismo autoritario de la experiencia histórica europea, para muchos, todos aquellos, estalinismos fracasados. Tampoco consideraban que el socialismo del futuro debía ser ateo o materialista dialéctico, creían en un socialismo con libertad religiosa, en la cual los cristianos fuesen libres de pensar y predicar sus posiciones. Este punto se puede encontrar en la mayoría de pensadores de la teología de la Liberación. Su confianza en que solo con una mezcla entre cristianismo primitivo, auténtico y crítico y una democracia socialista de las mayorías se podía transformar dialécticamente y progresivamente la sociedad. y



solo de esta manera se podría sacar de la pobreza espiritual, material e intelectual a los más oprimidos y excluidos (Lois, 1988).

Lastimosamente la obra de Baró se vio truncada violentamente por su cobarde asesinato en manos de un grupo de élite del ejército salvadoreño, con tan solo 47 años de vida, y apenas unos 20 años de producción intelectual. Aún tenía mucho que aportar y que escribir sobre la realidad latinoamericana. En cambio, en el caso de Cardenal este se mantenía como un crítico de los gobiernos liberales nicaragüenses después de 1990, además de retirarse y ser muy crítico del papel autoritario, clientelar y corrupto de Daniel Ortega. Finalmente se mantuvo escribiendo como un declarado socialista, marxista y pensador crítico. No ha optado por renunciar a sus ideales ni renegar del pensamiento izquierdista. Incluso fundó y apoyó junto a otros escritores y políticos nicaragüenses el Movimiento Renovación Sandinista, hoy opositores del orteguismo. Cardenal mantuvo durante su carrera a lo largo de su vida política su clara crítica al imperialismo estadounidense:

Reagan estaba quitando el almuerzo en las escuelas a los niños de los Estados Unidos para derrochar el dinero en los ex guardias somocistas. A la revolución de Nicaragua le tocó tener en contra el presidente más reaccionario de los Estados Unidos en el siglo XX, y talvez en toda su historia, que fue Reagan. (Cardenal, 2003, p. 614).

Los halcones asesinos de la Casa Blanca, republicanos de los más agresivos y violentos, entre ellos Ronald Reagan y George Bush padre, desangraron y ahorcaron la región de una manera brutal. Sus crímenes de guerra han quedado impunes claro, porque son asesinos con licencia para matar, e incluso con bendición religiosa para purificar nuestras naciones de las supuestas amenazas ateas rojas comunistas. Sin embargo, no deben quedar en el olvido ni deben ser perdonados. Algún día en la Historia algún digno representante político de aquel país debe pedir disculpas públicas por todo el daño que nos han hecho. Como



decía Baró, denunciar los abusos de poder es no condenarnos a la inacción, a la indiferencia a perpetuar el orden establecido de tanta deshumanización (Baró, 1989, pp. 304-307).

Conclusiones

Para cerrar con algunas reflexiones del por qué es relevante retomar las enseñanzas de Ernesto Cardenal y Martín Baró a treinta años de los acuerdos de Esquipulas II se deben tomar en cuenta varios elementos que consideramos claves. Además reflexionar respecto a qué relevancia tienen ellos hoy, en el contexto de la globalización, el neoliberalismo y la posmodernidad. En medio de un nuevo siglo que nos ha traído a la región más desigualdades sociales, aumento de pobreza, racismo, autoritarismo, corrupción y nuevos golpes de Estado, en Honduras en 2009, más el autoritarismo nefasto del Orteguismo en Nicaragua. (Petras, 2006). Sigue gobernando la oligarquía conservadora más cínica y salvaje en Honduras y Guatemala. Mientras en El Salvador la izquierda moderada asume el poder con promesas de cambio y no ha generado grandes transformaciones. Gobiernan menos mal que la derecha neoliberal, pero no cumplen sus objetivos y promesas, siguen en una gran deuda. La pobreza, desigualdad y violencia se mantienen intactas. En Costa Rica el neoliberalismo de baja intensidad ha acrecentado la desigualdad social y la violencia social, con una percepción de inseguridad ciudadana espantosa. La democracia electoral no es suficiente. Se necesita construir una democracia social y económica. De oportunidades para todos y todas por igual.

Cardenal y Baró demostraron, durante el tenso contexto de la Guerra Fría, tener una gran valentía para enfrentarse a la oligarquía corrupta centroamericana, los asesinos militares más duros de la región, y al imperialismo estadounidense, rogando un poco de dignidad humana y solidaridad con el otro oprimido. Su lucha no fue en vano, lograron articular, construir, difundir y transmitir una gran cantidad



de ideas, ideales y postulados políticos, teóricos y teológicos que hoy en día siguen vigentes y no deben quedar en el olvido. Siguen aportando al pensamiento crítico latinoamericano, a los movimientos sociales, a la construcción de una sociedad más justa y hospitalaria.

En el contexto de una fuerte ofensiva del neoliberalismo, apoyados nuevamente por los militares más conservadores y defensores de los privilegios, y aliados a nuevos grupos ultra conservadores radicalizados, católicos y neo pentecostales, se ha necesario reestudiar la obra de estos pensadores críticos de la región, en el ámbito de la religión, retomando las enseñanzas del Cristo luchador, solidario y entregado a los excluidos. En el plano político, comprendiendo que no hay dignidad humana sin justicia social. En lo social entendiendo lo importante de reivindicar y luchar por el cumplimiento de los Derechos Humanos.

Bibliografía

Althusser, L. (1987). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. México, Quinto Sol impresiones.

Baró, M. (1989). *Sistema, grupo y poder. Psicología social desde Centroamérica*. San Salvador Universidad Centroamericana. UCA Editores.

Cardenal, E. (2003). *La revolución perdida. Memorias, tomo III*. Managua: ANAMA Ediciones.

Cardenal, E. (2005). *Lo que pasó con el papa en Nicaragua*. Tomado el 20 de diciembre del 2018 de la página de la red Voltairenet.org. En: <http://www.voltairenet.org/article124517.html>

Davis, A. (1981). *Mujeres, raza y clase*. España: Editorial Akal.

Díaz, D. (2017). A 30 años de Esquipulas II. *Semanario Universidad*. Tomado el 20 de diciembre del 2018. En: <https://semanariouniversidad.com/opinion/30-anos-esquipulas-ii/>



- Dobles, I. (2016). *Ignacio Martín Baró. Una lectura en tiempos de quiebres y esperanzas*. San José, Costa Rica: Editorial Arlekin.
- Dussel, E. (1995). *Introducción a la filosofía de la Liberación*. Colombia: Editorial Nueva América.
- Freire, P. (2008). *Pedagogía del oprimido*. 3ª edición revisada. Argentina, Siglo XXI.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid, España, Akal.
- Hobsbawm, E. (2012). *La invención de la tradición*. Barcelona, Editorial Crítica.
- Lois, J. (1988). *Teología de la liberación: opción por los pobres*. San José: DEI.
- Martinez, M. (2002). *Ernesto Cardenal, mester del amor y la rebeldía*. Revista Iztapalapa 52. Año 23.
- Mc Laren, P. (2008). *Pedagogía crítica: de qué hablamos, dónde estamos*. Barcelona, Graó.
- Morúa, A. C. (2005). *Las memorias de Ernesto Cardenal*. Revista Comunicación. Agosto.-diciembre, año, vol 14. Instituto tecnológico de Costa Rica. Cartago, Costa Rica.
- Pacheco, G. (2002). *Ignacio Martín Baró. Psicología social de la Liberación para América Latina*. Jalisco: Universidad de Guadalajara.
- Petras. J. (2000). *la izquierda contraataca. Conflictos de clase en América Latina en la era del neoliberalismo*. Madrid: Akal editores.
- Therborn, G. (1989). *Cómo domina la clase dominante. Aparatos de Estado y poder estatal en el feudalismo, capitalismo y socialismo*. México, Siglo XXI Editores.
- Thompson, E.P. (1971). *Costumbres en común. Estudios en la cultura popular tradicional*. Barcelona: Crítica.
- Torres Rivas, E. (2011). *Revoluciones sin cambios revolucionarios: ensayos sobre la crisis en Centroamérica*. Ciudad de Guatemala: FYG Editores.

